

# Días sin sol

FÉLIX GARCÍA HERNÁN



## **Félix García Hernán (Madrid, 1955).**

*Días sin sol* es la tercera novela que publica con Editorial Alrevés. Las anteriores, *Cava dos fosas* (2020) y *Pastores del mal* (2021), recibieron una entusiasta acogida por parte de público y crítica.

*Cava dos fosas* resultó finalista al Premio Negra y Mortal a la mejor novela negra en español por ser «uno de esos libros donde la mano del autor hace que sea muy fácil de leer, pero difícil de olvidar». Atresmedia compró los derechos de esta novela para la producción de un film que será dirigido por el laureado David Pérez Sañudo.

*Pastores del mal* confirmó al autor como una voz de referencia de la novela negra escrita en castellano. Los derechos audiovisuales de *Pastores del mal* ya han sido adquiridos por Atlantia Media para una próxima producción cinematográfica.

En *Días sin sol*, Félix García Hernán ratifica su madurez narrativa, a la vez que desarrolla con maestría la trayectoria de sus ya inseparables personajes.

En el 2020, Félix García Hernán obtuvo el Premio Estandarte.com al autor revelación del año por su «espectacular potencia narrativa, que brinda una trama adictiva donde las páginas parecen fotogramas y los capítulos secuencias». El jurado también destacó que Javier Gallardo, el comisario protagonista de sus obras, es «un personaje cuidadosamente construido, complejo, de múltiples aristas, con un singular magnetismo que nos hace recordar otros comisarios de éxito del panorama literario».

En la actualidad se encuentra en postproducción el film *Delfines de Plata*, basado en la novela del mismo título de Félix García Hernán, dirigida por Javier Elorrieta y con Rodolfo Sancho en el papel del comisario Javier Gallardo, y que próximamente reeditará Alrevés.

Tres víctimas de la crisis económica que asoló el mundo hace unos años contactan casualmente a través de una plataforma digital y deciden unir sus fuerzas para propiciar una cumplida venganza de quienes les han llevado a esa situación.

*Días sin sol* nos muestra un crudo retrato de esos banqueros, magistrados, funcionarios corruptos y otros personajes deshonestos que fueron los protagonistas perniciosos de una época en la que muchos pensaron que el sol ya no volvería a iluminar sus vidas.

Una vez más, con una prosa incisiva, arrolladora y precisa, Félix García Hernán se revela como un hábil constructor de tramas tan vibrantes como vertiginosas en las que, unida al indudable carisma de sus personajes, no olvida, en lo que ya es una característica común de todas sus obras, la denuncia social.

*Días sin sol* confirma el talento de un autor que sabe mirar con una sensibilidad especial a unos personajes llamados a perdurar en nuestra memoria.

Días sin sol

,



# Días sin sol

FÉLIX GARCÍA HERNÁN

  
BARCELONA-2022



Primera edición: septiembre del 2022

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Publicado por:  
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.  
C/ València, 241, 4.º  
08007 Barcelona  
info@alreveseditorial.com  
www.alreveseditorial.com

© 2022, Félix García Hernán  
© de la presente edición, 2022, Editorial Alrevés, S.L.  
ISBN: 978-84-18584-64-0  
Código IBIC: FF  
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A mi amigo Boni*

## **NOTA DEL AUTOR**

Esta novela ha de valorarse como producto de la imaginación del autor. Por tanto, no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Se notaba que las vacaciones del verano del 2012 habían pasado a mejor vida y que la noche madrileña empezaba a recuperar el ritmo vertiginoso que la caracterizaba con el regreso de los últimos veraneantes. La mayor parte de las conversaciones en las terrazas seguían girando en torno al relativo éxito de la representación española en los Juegos Olímpicos de Londres, aunque hacía más de un mes que se habían clausurado. A pesar de ser martes, el instinto noctámbulo de una ciudad que siempre había presumido de él estaba ya colapsando los principales locales de ocio de la capital.

A través del amplísimo ventanal que mostraba la imponente Puerta de Alcalá al centenar de personas que habían tomado por asalto el bar de moda de la ciudad, Rodrigo de la Torre observaba cómo la última tormenta de verano obligaba a los fumadores que permanecían en las mesas de la terraza a buscar un imposible refugio en el atiborrado interior.

Rodrigo comprobó en su Breitling que aún faltaban veinte minutos para las tres de la madrugada. La hora ideal, pensó. Los efluvios del alcohol y otras sustancias no habían causado aún del todo el efecto que se produciría una hora más tarde, cuando los que permaneciesen todavía en el local comenzaran a desvariar en sus discursos y en sus acciones. Es entonces cuando empezaría a buscar entre la concurrencia la pieza que más le llamase la atención.

Su puesta en escena, producto de su larga experiencia en la noche madrileña, era perfecta: blazer azul de Armani, camisa rosa de Hugo Boss y pantalones azules de la misma marca. La hora diaria que su entrenador personal dedicaba a mantenerlo en forma hacía que la ropa le cayera a la perfección y disimulara perfectamente la cincuentena en la que había ingresado hacía

solo unos meses. La incipiente alopecia que ya empezaba a dejarse notar se compensaba con una media melena plateada por unas canas que en ningún momento intentaba ocultar.

Sentado solo en una de las mesas cercanas a la enorme barra de mármol traslúcido, apuraba, con lentitud, la copa de champán rosado que el camarero acababa de rellenar. El bullicio del bar, producto de una música cuyos decibelios sobrepasaban el nivel adecuado para el oído humano, unido al parloteo a voces que se obligaba a mantener la clientela, no le molestaban en absoluto. Como un cazador avezado, su vista se iba posando en la «gente guapa» que poblaba el lugar. Sabía que era cuestión de tiempo. Rara era la noche que tenía que abandonar el bar sin compañía.

Observó cómo una pareja se abría paso a codazos hasta posicionarse en la barra y conseguían hacerse entender casi a gritos por una de las camareras de «diseño», que les sirvió con presteza dos gin-tonics. La pareja empezó a beber sin apenas mirarse a la cara. Daba la impresión de que habían reñido. Rodrigo se repantingó en su observatorio, picado por la curiosidad. La distinción que ella mostraba estaba muy por encima de la de su acompañante. Llevaba magníficamente los cuarenta años que debía de tener. Su melena rubia ponía una nota *vintage* cuando la agitaba, queriendo imitar —imaginó Rodrigo— a Lauren Bacall. A pesar de la hora, usaba gafas de sol y no parecía hacer demasiado caso a su acompañante. Este, una cabeza más bajo que ella y aparentando unos quince años más, le hablaba al oído e intentaba tomarle la mano, mientras ella se resistía.

Rodrigo advirtió que él empezaba a subir el tono de su voz y a mostrarse nervioso y agresivo. Finalmente, ella retiró la mano que él pretendía inmovilizar y se le encaró. Rodrigo no pudo oír lo que ella le decía, pero solo necesitaba ver la ira con la que escupía sus palabras para imaginar que no era nada agradable. Su acompañante reaccionó dándole un ligero empujón en el hombro

derecho. Apuró su bebida y salió disparado del local. Ella ni se inmutó, y continuó saboreando su combinado sin levantar la mirada del vaso.

Rodrigo dejó pasar diez minutos estudiándola y esperando a que abandonase también el local. No lo hizo. Admirado de que en ese tiempo ningún otro «cazador» se hubiera acercado a ella, se levantó y se dirigió hacia donde estaba.

—Hola, te ruego perdones mi atrevimiento, pero me he permitido observar que no estás en el lugar más cómodo del local. Me llamo Rodrigo y espero que no te ofendas si te invito a que me acompañes a mi mesa. Si te he molestado, por favor, te ruego que me disculpes.

Ella, que había escuchado su alocución sin mirarlo, por fin volvió la cabeza y lo observó en silencio antes de contestarle.

—Gracias, soy Nuria, pero creo que podrás encontrar compañía mucho más agradable y, sobre todo, en mejor forma que la mía esta noche.

Finalizó la frase con una mueca que quería ser una sonrisa y le volvió la cabeza. Él insistió.

—Un solo minuto contigo conseguiría que esta noche hubiese merecido la pena.

Ella se giró de nuevo hacia él y observó, esta vez más detenidamente, al elegante interlocutor cuya trasnochada forma de expresarse parecía provenir del siglo pasado. Sin contestarle, asintió con un movimiento de cabeza y, tomando su vaso en la mano, lo acompañó a su mesa.

Una hora después, los dos abandonaban el local. El portero se dirigió a él con mucho respeto cuando salían.

—Don Rodrigo, ya he pedido su coche, estará en un minuto. Permítame que les proteja con el paraguas.

Rodrigo deslizó en su mano un billete de cinco euros y, tomando a su pareja del codo, avanzaron hacia la calzada, donde el aparcacoches estaba posicionando su Porsche. Le entregó otro

billete y los dos entraron en el vehículo. Cuando los empleados cerraron casi al unísono las puertas, Rodrigo acercó sus labios a los de ella y la besó por primera vez. Ella aceptó el roce, permitiendo que sus lenguas se acariciasen.

Le ofreció ir al apartamento que tenía en la ciudad, pero ella negó con una sonrisa. «Si no te importa, prefiero ir a un hotel. Ya habrá tiempo otro día de conocer dónde vives.» Él asintió ligeramente extrañado, pero complacido. Todo estaba saliendo según había previsto. Antes, en el bar, ella poco a poco fue calmando su ofuscación, producto seguro del enfado que debía de tener con su anterior acompañante, y empezó a intimar con él. No le quiso hablar de la pelea que acababa de tener. Le explicó vagamente que se dedicaba a negocios de exportación. Mientras arrancaba el Porsche le preguntó si prefería algún hotel en especial y ella le contestó que alguno que quedase por el centro.

Rodrigo enfiló su coche en dirección al hotel Miguel Ángel, donde ya lo conocían, y realizaron el trayecto sin hablar. Él se limitaba a acariciarle la mano mientras se felicitaba a sí mismo por la «pieza» que había elegido. La noche prometía, pensó mientras volvía la cabeza para admirar la figura de su acompañante.

Se sentía el rey del mundo. Era un hombre con suerte; todavía no podía creer cómo había salido tan bien parado de las acusaciones que lo involucraron en la archiconocida «Operación Guateque». Debido a su altísima posición como funcionario en la dirección del Ayuntamiento de Madrid, lo que empezó hace años con la aceptación de un jamón y una caja de Rioja, provenientes de un promotor agradecido por la presteza con la que había movido su expediente, se había acabado convirtiendo en un inmenso caudal de ingresos. Aunque hacía varios años que el desmantelamiento por parte de la Justicia de la red de corrupción imperante en el Ayuntamiento de Madrid le había obligado a detener su lucrativa actividad, el dinero recolectado hasta ese

momento era de tal magnitud que le permitiría vivir, sin duda, desahogadamente el resto de su vida.

Su nombre fue de los primeros que salieron a la luz cuando la Policía destapó el escándalo que afectó a más de cincuenta políticos, ediles, funcionarios y empresarios. Aún se le nublaba la vista al recordar los dos días que tuvo que pasar en los calabozos de los juzgados de la plaza de Castilla para declarar. Fue puesto en libertad con cargos.

Pero el dinero no vale solo para comprar un coche de 450 caballos. Entre varios de los acusados contrataron a uno de los mejores bufetes de abogados de la ciudad. El bufete había conseguido ir paralizando paulatinamente la acción de la Justicia a fuerza de alegatos y recursos, y Rodrigo no solo no había dado con sus huesos en la cárcel, sino que el macrojuicio que se pensaba celebrar e iba a tambalear los cimientos de la corrupción en España aún no tenía fecha fijada y cada vez estaba más lejos de llegar a celebrarse algún día. Es más, él continuaba manteniendo su puesto como director de Proyectos Urbanísticos del Ayuntamiento, ante la sorpresa de alguno de sus colaboradores y el regocijo de otros.

Seguía conservando su alto nivel de vida y nadie había intervenido sus bienes. El césped de su chalé en Somosaguas, donde aparentaba llevar una vida ejemplar con su esposa y sus dos hijos, continuaba estando en el magnífico estado que le procuraban los jardineros que lo cuidaban a diario. Y, por supuesto, sus repletas cuentas en Suiza seguían siendo un secreto para todos, incluida su familia.

Volvió a la realidad y su mano abandonó la de ella para posarse encima de una rodilla cubierta por una falda de crepé negro. Con destreza, buscó la abertura que partía la falda en dos y deslizó la mano hasta encontrar la seda de la ropa interior de ella, que se dejó acariciar para, tras unos segundos, retirarle con delicadeza la mano, preguntándole adónde se dirigían. «Vamos al

hotel Miguel Ángel, cerca de aquí. ¿Te parece bien?» Ella asintió, sonriendo.

Rodrigo preguntó al recepcionista si disponían de una *suite*. Este, con una sonrisa, le contestó que casualmente tenían libre la *suite* presidencial y que se la podía ofrecer, dada la hora que era, a un precio especial de solo doscientos cincuenta euros. Rodrigo asintió entregando su American Express Platino al empleado. Mientras tanto, ella se mantenía ligeramente apartada de la recepción manipulando su teléfono móvil. Al terminar el registro, Rodrigo declinó la ayuda ofrecida para acompañarlos a la *suite* y los dos tomaron el ascensor hacia el último piso.

—La *suite* presidencial, ¡qué nivelazo! —exclamó ella, mientras él aprovechaba la intimidad del ascensor para besarla en el cuello y acariciar su trasero.

—Esta noche es especial y no quiero que nos falte de nada.

Al salir del ascensor, vieron perfectamente indicada en un cartel la dirección de la *suite* presidencial. Nada más entrar, ella encendió una de las luces indirectas y se quitó las gafas de sol. Él se sorprendió de la belleza de sus ojos.

—Es un pecado que escondas esos ojos. Estoy seguro de que llegaste la primera cuando los repartieron.

Ella sonrió ante el piropo.

—Es algo menos glamuroso que un pecado, se llama ftofobia.

Él volvió a abrazarla, y deslizó una mano por el escote de la blusa hasta introducirla por debajo de la copa del sujetador. Sintió cómo el pezón de ella se erizaba. Sacó la mano y comenzó a desabrocharle la blusa. La visión del sujetador negro de satén y el esplendoroso pecho que se adivinaba debajo le produjo una inmediata erección. Solamente al intentar descorrer la cremallera de la falda, ella, con una sonrisa, le pidió acudir al baño. Rodrigo se separó y le dijo suavemente que no tardara. Mientras la veía desaparecer por uno de los dos cuartos de baño con que contaba la estancia, Rodrigo inspeccionó la *suite* que les habían otorgado. El

recibidor daba paso a un salón donde un precioso piano beis de media cola ocupaba un rincón. Unas puertas de cristal daban acceso a una terraza con varias hamacas que escoltaban a un jacuzzi de mármol. Rodrigo se asomó a la barandilla. La vista era espectacular, con una perspectiva perfecta de la arteria principal de la ciudad.

Regresó al interior y abrió la puerta del dormitorio. Una enorme cama vestida con un edredón de lino blanco lo invitó a empezar a desnudarse. Echó un vistazo al suntuoso baño anexo al dormitorio y se quitó la ropa, quedándose solo en calzoncillos, mientras esperaba que ella apareciese por la puerta. Comenzó a impacientarse cuando pasados diez minutos seguía sin aparecer. Iba ya a reclamar su presencia cuando la observó entrar en el dormitorio, cubierta solo con un tanga de color negro. Se abrazó a ella y comenzó a besarla de nuevo. Ella lo mordisqueó en el lóbulo de la oreja mientras le susurraba preguntándole si había pedido algo de beber. Él, solícito, la soltó y se acercó al minibar mientras le preguntaba qué deseaba.

—Creo que el momento merece el mismo champán rosado que estabas tomando tú antes, ¿no te parece?

Rodrigo asintió, buscando en el minibar lo que ella había pedido, sin encontrarlo.

—Habrás que solicitarlo al servicio de habitaciones, ¿te importa?

—Para nada. Incluso mejor; así vendrá más frío. Además, tenemos toda la noche para nosotros. Ya llamo yo —se ofreció.

Cuando ella colgó el teléfono, después de hacer el pedido, Rodrigo la tomó en brazos y la depositó en la cama. Ella notaba cómo la excitación de él había hecho que su pene sobresaliera de sus calzoncillos. Él se dio cuenta de su mirada y se los quitó. Sabía que en cualquier momento subiría el camarero, pero había observado que en el cuarto de baño del dormitorio había

albornoces; no tendría nada más que ponerse uno cuando fuese a abrir.

Ella se quedó mirando su enhiesto miembro y él lo interpretó como una invitación. Se colocó a su lado en la cama y comenzó a besar los pezones del —como había intuido— hermosísimo pecho. Ella se dejaba hacer, limitándose a acariciarle la espalda. Él introdujo su mano por la parte delantera del tanga, donde notó cómo el vello de su monte de Venus había sido cuidadosamente retocado. Acarició con los dedos sus labios mayores y se extrañó al advertir la sequedad de su vagina. Volvió a besarla en la boca y desde allí bajó hasta su sexo, buscando y acariciando el clítoris con su lengua.

Empezaba a sentir cómo finalmente ella comenzaba a humedecerse cuando sonó el timbre de la puerta. Mascullando una blasfemia, Rodrigo se incorporó, entró en el cuarto de baño y se puso uno de los dos gruesos albornoces blancos. Se dirigió al vestíbulo y abrió la puerta. En vez del camarero que esperaba se encontró frente a él una figura que le resultaba familiar. Necesitó solo dos segundos para asociarla con el hombre que había entrado esa misma noche en el bar con ella y la había abandonado después de discutir.

Alarmado, intentó cerrar la puerta, pero el pie de él, que sin duda esperaba su reacción, se lo impidió. Cayó al suelo debido al fuerte empujón que le propinó el intruso. Cuando empezó a incorporarse para enfrentársele, notó que el cañón de una pistola le apuntaba directamente a la cabeza. Se quedó paralizado. El intruso le ordenó levantarse y avanzar hasta el salón. Una vez allí, le pidió que se sentase en uno de los sillones. Rodrigo no se sorprendió demasiado al observar cómo, poco después, se abría la puerta del dormitorio y aparecía ella completamente vestida. Había caído en la trampa más antigua del mundo, dedujo. Intentó tranquilizarse. Sería un problema de dinero y él de eso iba sobrado.

Ella saludó al intruso con la cabeza y se sentó en una de las sillas del salón. El intruso, que continuaba en pie, comenzó a hablar.

—¿De verdad te pensabas, Rodrigo de la Torre, que ibas a irte de rositas?

Rodrigo, asustado ahora de verdad al oír su nombre y apellido, balbuceó:

—No comprendo nada.

—Me imagino que tampoco comprenden nada todos los madrileños a los que has estafado con tu comportamiento. ¿Cuántos millones has robado? ¿Diez, veinte, cien...? Han tenido que ser muchos para mantener el ritmo de vida que llevas y pagar a toda la tropa de abogados que tienes detrás.

«Así que finalmente es un problema de dinero —se tranquilizó Rodrigo—. Ahora ya solo se trata de negociar.»

—Por favor, seamos civilizados. Efectivamente, hay dinero para todos. Solo tenéis que pedir una cantidad lógica y os la transferiré.

El intruso sonrió.

—Va a ser complicado que nos hagas una transferencia. Me temo que adonde vas a ir no hay sucursales bancarias.

Rodrigo empezó a temblar cuando observó que el hombre introducía su mano en el maletín que portaba y extraía un cilindro plateado que acopló al cañón de la pistola. Imaginando lo que iba a pasar, se arrodilló y juntó las manos en actitud de súplica. En esa posición, notó cómo el cinturón del albornoz se soltaba y este se abría mostrando su desnudez. De su pene, ahora totalmente flácido, empezaba a escaparse un reguero de orín que no podía controlar y que encharcó la mullida alfombra de la *suite*.

—Os lo ruego... —Miró a los dos—. Os haré ricos, tengo cuentas en Suiza...

No pudo continuar. El intruso avanzó hacia él y, cuando estaba a apenas un metro de distancia, le disparó a bocajarro en

la cabeza. Murió al instante.

Ella, sentada en la silla, miraba hipnotizada la escena. El hombre se acercó al cadáver y le extrajo el brazo derecho del albornoz. Lo extendió en el suelo con la palma de la mano mirando hacia arriba. Abrió de nuevo el maletín y sacó un hacha de pequeñas dimensiones. O el instrumento estaba perfectamente afilado o el intruso poseía una gran pericia, porque de un golpe seco seccionó la muñeca separando la mano del brazo. Un caudal de sangre comenzó a manar de la herida.

El intruso tomó la mano del suelo y la colocó encima del pecho desnudo del cadáver. A continuación, hurgó de nuevo en el maletín. Sacó una docena de billetes del juego del Monopoly y los colocó sobre la palma de la mano seccionada, obligando a los dedos a cerrarse sobre ellos. Extrajo el móvil del bolsillo trasero de su pantalón e hizo varias fotos de la víctima desde diferentes planos.

La siguiente hora la dedicaron ambos a limpiar concienzudamente de huellas la *suite*.

El intruso fue el primero en abandonar el hotel, y ella esperó diez minutos más. Antes de salir de la *suite*, no consiguió resistirse a mirar en lo que se había convertido Rodrigo de la Torre, *el Rey del Mundo*.

\* \* \*

Javier Gallardo contemplaba con resignación los expedientes que su asistente acababa de depositar encima de la mesa para que los firmase, añorando por primera vez en su carrera las vacaciones que, ya finiquitadas, le habían permitido evadirse por unas semanas de la monótona burocracia en que se había convertido su trabajo cotidiano.

Tuvo la tentación de recorrer los escasos veinte metros que lo separaban del despacho del director general de la Policía y

explicarle por dónde se podía meter los expedientes. Y, como todos los días, notó una punzada de añoranza al recordar su viejo y querido despacho, mucho más pequeño y mucho menos elegante, situado en otra de las alas del edificio de la Dirección General en la calle Julián González Segador. A regañadientes, tomó el primero de los expedientes y lo revisó, firmándolo a continuación. No podía evitar, cada vez que veía el título que figuraba debajo de su firma, pensar en los condicionantes que lo habían arrastrado a su situación actual. Lo releyó de nuevo, como si en el fondo pensase que era una broma pesada.

Javier Gallardo  
Jefe de la División de Gestión Económica

Bien supo lo que hacía el ministro del Interior, en connivencia con el director general de la Policía, cuando lo apartó de la Jefatura de Información, ofreciéndole, sin derecho a réplica, un puesto que, aunque aparentemente podría suponer un ascenso, de hecho, era la clásica «patada hacia arriba» que le privaba de la posición por la que tanto había luchado.

Esa fue la manera de «compensarle» por su actuación en la «Operación Atheneum», llamada así por el atentado yihadista en el hotel madrileño del mismo nombre, cuya realidad continuaba estando clasificada y que Javier intuía que así seguiría por mucho tiempo. El ministro del Interior no le perdonó que, rayando la indisciplina, Javier ignorase el escalafón y no acudiese antes a él, y que durante varios días manejase, en secreto, una información que pudo poner en serio riesgo la estabilidad del país. Javier había decidido, para que no lo tomaran por un iluminado, no comunicar a sus superiores esta información hasta obtener las pruebas necesarias.

Lo único que consiguió fue que no se tomara ningún tipo de medidas contra sus dos colaboradores implicados en la

«Operación Atheneum», ya que en todo momento alegó que obedecían órdenes directas suyas. Tanto Fernando Luengo como Raúl Olaya seguían manteniendo los cargos que desempeñaban antes del atentado. Los dos le pidieron que los llevara consigo, pero Javier se negó, aunque hubiera podido hacerlo sin problema. Sabía que les haría una faena quitándolos de los puestos en la Jefatura de Información que tanto anhelaban, aunque con los dos seguía manteniendo una cálida amistad.

A partir del sexto expediente, todos los números empezaron a parecerle iguales, pero Javier era un profesional. Aunque odiara su nuevo destino, él realizaría su trabajo tan eficazmente como siempre lo había hecho. Se concentró de nuevo en el presupuesto para el cambio de uniformidad de verano que tenía ante sí.

Veinte minutos después, lo sacó de su ensimismamiento la recepción de un *whatsapp*. Se le alegró la cara al comprobar que el remitente era Fernando Luengo. En el mensaje le decía que entrase en la web de *El País* y lo llamara cuando pudiera. Así lo hizo. A pesar de estar a una columna y justo debajo del esperado anuncio del presidente del Gobierno de una rebaja en el IRPF, enseguida se percató de la noticia a la que, con seguridad, aludía su antiguo colaborador.

#### **UN ALTO CARGO DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID ENCONTRADO MUERTO Y MUTILADO EN UN HOTEL DE LUJO**

Rodrigo de la Torre, director de Proyectos Urbanísticos del Ayuntamiento de Madrid, ha sido hallado muerto esta mañana en el hotel Miguel Ángel, de la capital. El fallecido estaba semidesnudo en una de las estancias de la *suite* presidencial del citado hotel. La camarera lo encontró al entrar para hacer la habitación en la mañana de hoy. El cadáver había recibido un disparo en la cabeza y, según ha podido averiguar este medio, podría haber sido objeto de algún tipo de mutilación.

Se da la circunstancia de que Rodrigo de la Torre era uno de los principales imputados en la «Operación Guateque», que hace varios años dismanteló una red de corrupción existente en el Ayuntamiento de Madrid. De la Torre, al igual que otros cincuenta y tres imputados, estaba a la espera de un juicio que debería haberse celebrado ya, pero que la defensa está consiguiendo aplazar continuamente.

El artículo venía acompañado de una foto de Rodrigo tomada la noche de su detención, cuando entraba esposado en los juzgados de la plaza de Castilla. La foto no era buena, pero se atisbaba a un hombre elegantemente vestido que intentaba sin éxito ocultar al fotógrafo su rostro demacrado.

Javier Gallardo releyó la información y a continuación visitó las webs de *El Mundo* y *ABC*. La noticia también salía en portada y con similares comentarios. Pensó que debería de haber algo más para que Fernando Luengo le hubiera enviado el mensaje. Lo llamó al teléfono móvil y Fernando le contestó al tercer tono.

—¿Ya lo has visto?

—Claro, pero como no me la tatarees... —bromeó Javier—. Imagino que hay algo detrás. ¿Estás ocupado?

—No, mi jefe está en Barcelona. ¿Por qué no te acercas y te enseño algo?

Javier se quedó dudando. No quería aparecer mucho por las que habían sido sus dependencias. No deseaba despertar celos en su sucesor, pero tampoco quería que sus antiguos colaboradores aparecieran por su despacho actual. Imaginó que al director general no le haría mucha gracia. «Joder, Javier, pareces un encargado de protocolo en vez de un policía —pensó—. A la mierda con las conveniencias.»

—Voy para allá. Dame cinco minutos.

Ese es el tiempo que necesitó para ordenar un poco los expedientes de su mesa y acercarse al despacho que tenía Fernando en la brigada de Información. A Fernando se le iluminó la cara cuando Javier entró.

—Veo que te siguen encantando los jeroglíficos —dijo este—. Imagino que hay algo más en el asesinato de ese chorizo para que me llames.

Fernando no contestó y se limitó a girar la pantalla de su ordenador para que Javier pudiera verla. Poco a poco fue pasando las imágenes, sonriendo al ver cómo la cara de Javier iba pasando

de la indiferencia al asombro. Los dos se quedaron callados unos segundos.

—¿Quién lo lleva? —preguntó Javier.

—Vallejo, de Seguridad Ciudadana.

—Parece que Información sigue funcionando a la perfección sin mi presencia. Apenas ha pasado un día y ya estáis al tanto.

—No es mérito mío. Ya sabes que Vallejo es un ordenancista, o más bien —sonrió— un poco agonías. Apenas se hizo cargo del caso nos mandó un informe. He estado ya documentándome: el tal Rodrigo de la Torre era una buena pieza. Ha debido de mangar millones, ya que llevaba una vida de despilfarro que ni siquiera su imputación ha detenido por completo. Creo que lo hacía a propósito: «Jodeos, me vais a juzgar cuando España gane el Festival de Eurovisión», se le escuchó decir en una ocasión. Casado y con dos hijos, vivía en un chalé de las afueras. Seguro que no estaba en la *suite* del Miguel Ángel a esas horas rezando el rosario o encargando una novena. Lo mutilaron después de matarlo. Como habrás deducido, los billetes son del juego del Monopoly.

—¿Qué cuentan los del hotel?

—Alquiló la habitación sobre las cuatro de la madrugada. Iba acompañado de una mujer rubia de buen aspecto. El recepcionista es incapaz de aportar ningún detalle facial de ella. Llevaba gafas oscuras y, mientras De la Torre realizaba el registro, ella se apartó un poco de la recepción manipulando su teléfono móvil. Las grabaciones de las cámaras del *hall* tampoco contribuyen mucho. Tanto a la entrada como a la salida, ella atravesó el vestíbulo con la cabeza gacha, intentando ocultarse tras su melena. Lo que sí nos dicen las grabaciones es que bajó una hora y media después. Lo que coincide más o menos con la hora del fallecimiento que nos ha dado el forense.

—¿Alguien más subió a la habitación?

—No lo sabemos. Como recuerdas, por nuestra experiencia en el Atheneum, los hoteles de lujo se siguen negando a poner cámaras en los pasillos para preservar la intimidad de los huéspedes. Vallejo, en su informe, nos dice que en el tiempo que ella estuvo en la *suite* tomaron los ascensores desde el *hall* más de cincuenta personas. A pesar de que la hora no es muy normal, el hotel tiene casi trescientas habitaciones; y esa noche tenían una convención cuyos miembros regresaron muy tarde al hotel. Sin embargo, y esto es de mi cosecha, ella no pudo hacerlo sola, a no ser que le recortase la mano con una navaja suiza. En las grabaciones hemos observado que llevaba un bolso minúsculo y para hacer un corte tan limpio habría necesitado una herramienta especial.

—¿Vallejo no lo pone en el informe?

—No me toques las pelotas. Prefiero no contestar.

—Fernando, ya sabes lo que te quiero, pero no alcanzo a entender qué pinto yo en todo esto, a no ser que queráis una evaluación de los costes que va a ocasionar este caso en el balance anual. Ni siquiera es un problema directo tuyo. Se ha designado ya un equipo para el caso y, te guste o no Vallejo, él lleva el timón. Pero te veo venir y no voy a entrar al trapo; bastantes puyazos me llevé la última vez.

—No seas capullo, Javier. Es una simple conversación entre amigos. Casi como si te pidiera la contestación a una pregunta de un crucigrama que se me ha atragantado. Al ver las fotos y el informe, imaginé que no te vendría nada mal que te distrajera un poco de tus balances. Y tampoco estaría de más que me dieras tu opinión. No saldrá de aquí, pero me vendrá bien cuando la incompetencia de Vallejo haga que Información entre de oficio en el caso.

—Vale, vale, disculpa, tienes razón. Parece un crimen ritual, con venganza de por medio. Pienso que los antecedentes del cabronazo del difunto tienen mucho que ver. Y, efectivamente,

ella no lo ha hecho sola. Ha debido de actuar de gancho. No desestimes que se trate de una profesional.

—No parece, Vallejo sí que se mueve bien en ese ambiente y ningún informante parece conocerla. Aunque, como te he dicho, tampoco se la ve muy bien. Por otro lado, en la cartera del muerto se han encontrado, entre otras cosas, varios billetes de cincuenta euros y seguía llevando en la muñeca izquierda un reloj de marca, lo que, en principio, anula cualquier móvil económico.

—¿Han investigado ya qué hizo De la Torre antes de llegar al hotel?

—Están en ello. Ha pasado muy poco tiempo, aunque será importante saberlo.

—Pues poco más puedo decirte. Si quieres, mantenme informado según avance el caso.

—¿Crees que es un hecho aislado o volverá a pasar?

—Podría ser el principio de una serie, por la firma y lo bien organizados que están, pero recuerda que es solo mi opinión. En lo que sí tendría yo muchísimo cuidado es en mantener oculta la información del asunto de la mano a los medios. A ver si alguien se va a subir al carro y empiezan a aflorar manos cortadas a partir de ahora por todos lados.

—Es lo primero que le dije a Vallejo —apuntó Fernando—. Pero ya has visto que en el escueto comunicado de la prensa ya deslizaban algo acerca de la mutilación.

—Deberán hablar con todas las personas que tuvieron acceso al cadáver para conseguir que mantengan la boca cerrada.

—Lo intentarán, pero no te extrañe que en alguna red social aparezca alguna foto del cadáver mutilado.

—Bueno, como tú has dicho, ha pasado muy poco tiempo desde el momento del crimen. No dudes en llamarme de nuevo si tienes alguna duda. Y de paso te pagas un whisky en el centro comercial, joder, que parece que tienes cocodrilos en el bolsillo.

Javier se levantó, hizo una carantoña en la cara de su amigo y retornó a su despacho. Volvió a abrir la página de *El País*, pero la información sobre el caso seguía siendo la misma. Se quedó mirando con aversión la cara de susto de Rodrigo de la Torre en la foto. Si algo odiaba con todas sus fuerzas era a los funcionarios corruptos. Había sido testigo muchas veces de cómo compañeros con carrera prometedora la habían tirado a la basura por entrar a participar en uno de los juegos prohibidos más antiguos del mundo policial.

La mirada huidiza de Rodrigo le daba la impresión de querer esconderse personalmente de él. «Has debido de joder bien a alguien para que se haya ensañado de esta forma contigo. Ahora le dices a san Pedro, mientras deslizas elegantemente en su mano alguno de los muchos billetes que robaste, que te busque un buen acomodo en el cielo, convencido de que el de las barbas blancas perderá el culo por colocarte lo más posible a la derecha de su jefe.»

# I

César Duarte se cansó de hacer *zapping*. La mitad de las emisoras seguían pendientes del resultado de la delegación deportiva española en las Olimpiadas de Londres 2012, recién inauguradas.

A pesar de estar a principios de agosto y del microclima del que tanto presumían los marbellíes, el calor en el piso empezaba a ser agobiante. Refunfuñando, apagó el televisor y se acercó al termostato de la pared para encender el aire acondicionado. Ni siquiera le apetecía ver alguna de las películas de misterio que tanto le gustaban y que llenaban en parte los estantes del aparador.

No había cenado aún. No tenía nada de hambre, aunque pasaban ya de las doce de la noche. Volvió al sofá y se quedó mirando al techo, sabiendo que el acostarse no le reportaría ningún beneficio. Por muchas vueltas que diese en la cama, no cogería el sueño hasta que le faltasen solo un par de horas para levantarse.

Pensar en que aún era martes y que todavía le quedaban cuatro días a esa semana para tener que acudir a trabajar al club de golf le removía el estómago. Lo que durante más de treinta años había supuesto un motivo de alegría, cada día se le antojaba más penoso. Sabía que se encontraba en boca de todos los socios y empleados desde que hacía una semana el director del club lo había llamado a su despacho para soltarle una reprimenda que, él no era tonto, amenazaba con ser el adelanto de un despido que percibía que era solo cuestión de tiempo. La noticia había corrido

como la pólvora por el pequeño universo del club y ahora, compañeros que hasta entonces lo habían evitado amedrentados por la violencia verbal que usaba con ellos, no intentaban disimular una sonrisa de desprecio cuando se cruzaban con él. Los socios paraban sus conversaciones cuando pasaba cerca de ellos para reírse abiertamente simulando, de mala manera, que alguno de ellos había contado un chiste. Él siempre se sintió por encima de todos. Al fin y al cabo, su figura había sido una institución desde la fundación de Los Cedros, el más exclusivo club de golf de la Costa del Sol.

Intentó apartar este club de su cabeza, bajó la mirada del techo y la posó en los marcos de fotos que escoltaban el recién apagado televisor. Le pareció que sus hijos, César y Aurora, lo miraban con aprensión, como si temiesen que uno de los casi cotidianos ataques de ira de su padre les fuera a alcanzar de pleno. Más de cinco años llevaba sin verlos: a César, el mayor, desde que este llegó a la mayoría de edad y se negó a seguir manteniendo el régimen de visitas que había marcado el juez, Aurora no necesitó ninguna excusa legal; tenía quince cuando, después de escuchar los gritos con los que su padre insultaba de la manera más soez a su madre por teléfono en uno de los pocos fines de semana que compartía con él, recogió las pocas cosas que tenía en el piso y salió despavorida, cerrando la puerta justo cuando César estaba a punto de alcanzarla, jurando no volver a verlo.

Pero, desde luego, a César Duarte no le iba a temblar el pulso por el desprecio de sus hijos. ¡Ay, si él no hubiera tenido que dejar el domicilio conyugal! —pensó—. Otro gallo hubiera cantado. Seguro que los correazos con los que dirigía el comportamiento de su hijo y los bofetones que de vez en cuando soltaba a Aurora hubieran conseguido que la familia permaneciese unida, como Dios manda. A él mismo su padre lo zurraba de vez en cuando y no por eso su madre lo había echado de casa, aunque ella también